

Colombia: cultura y violencia

Juan Gustavo Cobo Borda

Colombia ostenta la paradójica condición de ser a la vez un país violento y un país culto. En relación con la primera característica cifras de 30.000 homicidios al año resultan dicientes y estremecedoras. También existe un consenso generalizado sobre las bondades del desarrollo cultural en el país, en términos de descentralización, de participación colectiva, de proliferación, de iniciativas. Puedo aportar el dato de cómo en periódicos y revistas griegas se registran con amplitud admirativa eventos como el Festival Internacional de Teatro, en Bogotá, y el Festival Internacional de Poesía, en Medellín, donde asombrado el poeta Thasos de Negis leyó sus versos ante 5.000 oyentes, atentos y receptivos.

Analizar esta coexistencia ¿pacífica? en medio de un panorama informativo donde sólo destacan, con recurrencia escandalosa, la guerrilla más vieja de América Latina, el más alto índice de secuestros, la sistemática voladura de oleoductos por los grupos subversivos y las matanzas paramilitares, es incurrir en el lugar común, en el tópico manido.

Lo curioso de Colombia es que sus habitantes parecen prescindir de la realidad de tales estereotipos y concentrarse en el esfuerzo diario para pagar la cuota del apartamento comprado a plazos y el colegio de los hijos y madrugar para que no los agarre el trancón yendo a la Universidad, a estudiar derecho o a trabajar al hospital, donde nunca parece haber suficientes recursos.

Los colombianos se levantan temprano y por regla general su lugar de residencia queda lejos de su centro de trabajo. No es de extrañar que un obrero o una muchacha de servicio requieran de hora y media a dos horas, por lo menos, en afligentes buses y exfixiantes busetas, para arribar a su destino. Es decir: Colombia es país de ciudades, en crecimiento indudable, país urbano, con 40 millones de habitantes. Si proliferan los robos, también proliferan las universidades, y la primera sensación es la de un caos creativo en ebullición perpetua. Una realidad que al cambiar cada día parece ocultar la dureza pétrea de sus viejos problemas. La violencia como forma prioritaria de resolver conflictos.

La gente se rebusca la vida en un ávido afán de sobrevivir y mejorar. Y ello otorga un hálito de país joven y activo a todo el conjunto donde la ley resulta siempre estrecha para tanto ímpetu pero donde todo debe volver a pasar por las horcas caudinas de una legislación asfixiante y tupida.

Ese país legalista, ese país formalista, siempre termina por apelar a la conservación del Estado de Derecho cuando todas las instituciones parecen disolverse en el corrosivo mar de la anarquía. En todo caso, lo único cierto es que ese andamiaje cultural, se refiera a la ley, al idioma, al papel protagonista de la iglesia, o simplemente al espectro que va de la música vallenata a las novelas de García Márquez, semeja una isla, eso sí con infinitos vasos comunicantes, con ese otro país más vasto y rudo donde la voz prioritaria es la de la pobreza y el coro recalca la injusticia ya milenaria: 12 millones de pobres absolutos. Un país donde demasiados protagonistas buscan la paz sin dejar, por ello, de disparar como es su costumbre, y acusar a los otros de entorpecer sus laudables propósitos.

Pero esa historia «traumática e inconclusa» en cuanto a la violencia refiere como la describe el historiador Marco Palacio en su libro *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994* (Bogotá, Norma, 1995) parece en el fondo un fiel reflejo de esa sociedad dinámica pero violenta «que coexiste con una política fosilizada» y que ofrece como primera síntesis tentativa de este siglo el siguiente balance en las palabras de Palacio:

«I. Al concluir el siglo XX desaparece la Constitución de 1886, el café pierde aceleradamente gravitación económica, y se evapora la prolongada hegemonía de los dos partidos tradicionales. Pero la cultura política no logra liberarse de la violencia como método expedito para resolver cualquier tipo de conflicto.

El café, el civilismo y el bipartidismo contribuyeron a forjar imágenes e identidades colectivas de una Colombia que, pese a todo, ascendía la escala de la civilización capitalista. En realidad configuraron modernizaciones a medias, saturadas de cadáveres, privilegios, impunidad y conformismo.

Prevalece un irritante consenso en las virtudes de la paz, la democracia y el progreso, corazón de la modernidad y sustento ideológico de la nación colombiana. Irritante por lo retórico.

Para aproximarse a su realización, el Estado tendría que ejercer soberanía en todo el territorio nacional y contribuir a integrar una sociedad peligrosamente dividida entre los pobres del heterogéneo sector informal, excluidos del mundo de la ciudadanía, y el resto de colombianos, los cuales parecen actuar más en plan de súbditos y clientes privilegiados que de sujetos políticos con deberes, a la par que derechos» (p. 349).

La cultura encarna los conflictos y desarrolla formas de resistencia, hasta el punto de haberse constituido toda una «cultura de la violencia» y toda una escuela de «violentólogos». Pero también la cultura puede ser rebelión crítica ante la opresión y es interesante comprobar cómo el auge de los estudios históricos en el país ha desbrozado insospechados territorios ocultos. Desde las modalidades de canibalismo precolombino hasta la recuperación, en la memoria colectiva, de momentos significativos de nuestra historia, al traer a la luz episodios marginados, silenciados o reprimidos, tratase de figuras individuales (el líder indígena Quintín Lame, la líder socialista María Cano, la pintora Débora Arango) como de carácter colectivo, a través del teatro: matanza de las bananeras, guerrillas liberales en los años cincuenta.

Pero si la revisión histórica levanta el velo de lo prohibido, la cultura no sólo ha aguzado las armas de la crítica y la fuerza documentada de la denuncia. También ella ha logrado fundar «repúblicas independientes» donde se establecen formas distintas de convivencia. La música, el baile, la poesía, el teatro mismo, parecen tejer una urdimbre de solidaridades afectivas, de identificación y empatía, gracias a las cuales muchos se unen sin perder por ello los rasgos idiosincráticos propios del regionalismo o de la perspectiva generacional específica. No es lo mismo un porro que un bambuco, pero la fiesta no es completa si no se hallan ambos incluidos.

Euforia y sentimentalismo, introversión y desafuero, costa e interior, mar y montaña. El mosaico colombiano no se reduce a las ya socorridas diferencias entre antioqueños y costeños, santandereanos y vallunos, bogotanos y pastusos. Una Colombia más allá de Colombia ha desbordado los límites y coloniza más allá de los Llanos proverbiales, en el Caquetá y en el Vichada, en el Vaupes y la Amazonía. Paros cívicos y cultivos de coca, enfrentamientos armados y apelaciones a la ecología, fumigación de cultivos ilícitos y ley del más fuerte: la frontera se hace (y deshace) cada día, y el mismo empuje con que en el siglo pasado la colonización antioqueña engendró una cultura de la zona cafetera, es factible hoy percibirla en los cada vez menos remotos territorios nacionales, donde amapola y petróleo, oro y tala de bosques vuelvan a convulsionar un país que injustamente no da cabida a todos sus hijos y los sitúa ante la excluyente alternativa de morir en la ciudad o abrirse camino a tiros.

Quizás por ello las exclusiones racistas, el humorismo discriminador, el poder asesino de lenguajes excluyentes, las pretensiones capitalinas, la hipocresía de una doble moral estatuida y la suficiencia monopolizadora de la gente decente y los mismos apellidos vieron cuestionada la prepotencia de su estatuto por una cultura que se democratizaba en la proliferación

dudosa de tantas universidades. Y se desprovincializaba también mediante la comunicación masiva y la otra Colombia que hacia Venezuela, Ecuador y Estados Unidos había emigrado de modo colectivo y entregaba la experiencia de su saber (becas y postgrados) al país receptor, casi siempre llamado Estados Unidos.

La estrecha Colombia se descosía por todos lados y la cultura ya no era sólo un sello de élite o un camino de ascenso hacia el conformismo. Terminó por crear un espacio propio, de libre confrontación, donde si bien todos los diagnósticos aparentemente coexisten, muchos investigadores sociales o defensores de derechos humanos padecen no sólo el síndrome angustioso de amenazas continuas a su vida sino que cargan en su memoria una lista demasiado larga de colegas asesinados o eliminados a la brava con la petulancia bravucona de un machismo a ultranza que sólo hace concesiones para reforzar su dominio y ha sabido utilizar el nacionalismo para venderlo mejor como turismo.

De todos modos una conciencia más precisa de la importancia de la cultura como camino hacia la paz se ha visto en los últimos años: la creación del Ministerio de Cultura ha puesto a la cultura en lugar protagónico dentro del debate nacional y ha incrementado sensiblemente los aportes a la misma. Si entre 1995 y 1997 el Instituto Colombiano de Cultura dispuso de un presupuesto de 108.188 millones, el flamante Ministerio de Cultura en su año inicial (1998) contó con un presupuesto inicial de 201.281 millones.

Los recursos destinados a la inversión han aumentado en un 370%. ¿Contribuirá ello a una paz concreta? ¿A una desmovilización guerrillera que otorgue algo más que un taxi como aliciente para volver a la vida civil? ¿Que reduzca el homicidio?

Ese país de mestizos individualistas arrastra así los arcaísmos supersticiosos de sus raíces campesinas confundidas con la espasmódica modernización parcial, todo ello dentro del horizonte inalterado de una rígida pobreza que no da señal de erosionarse. Por el contrario, el millón doscientos mil colombianos (agosto 1998) en busca de empleo parece señalar la persistencia de una real y auténtica cultura de la pobreza, de tenaces formas de supervivencia, a través del préstamo ilegal, la carta de recomendación, el salario mínimo. Esa vida *a debe* ha suscitado la ambiciosa explosión de los que buscan la vía fácil del enriquecimiento a través del narcotráfico, creando así otra cultura.

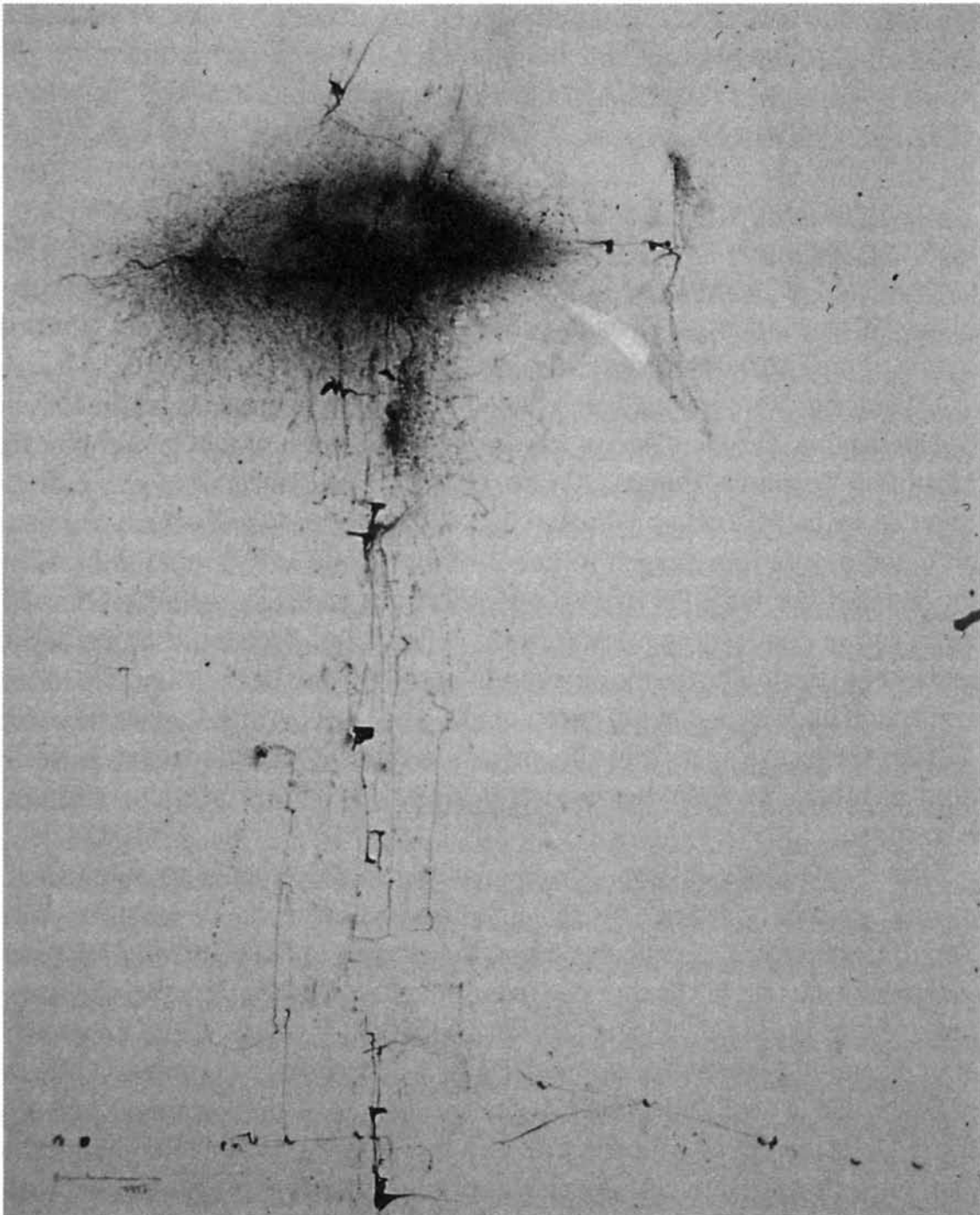
A la cultura de la pobreza opusieron la cultura de la droga, cargada también con una violencia renovada. Los jóvenes sicarios de Medellín escuchaban *rock* duro, *heavy metal*, se encomendaban a la Virgen y pensaban en su madre, cuando salían a matar. La vida no vale nada, eso es bien sabi-

do, pero el dinero del crimen garantizaba un futuro razonable a esa madre santa, y abandonada casi siempre, que dominaba su mente como en un orden más amplio también lo hacía el matriarcado, característica inconfundible de la cultura antioqueña. Así se ve en los poemas, novelas y películas de Víctor Gaviria.

Los lodos de hoy provienen de viejos ríos. Como lo señaló Pablo Escobar en su momento, el narcotráfico sería impensable sin las viejas redes de contrabando de cigarrillos Marlboro en las esquinas de las ciudades colombianas. Una vieja y enquistada cultura de violencia, corrupción e intolerancia, que se metamorfosea cada día.

A dicha rigidez opresiva bien puede oponerse la libertad de una creatividad innegable. Pero sus figuras claves (Germán Arciniegas, Gabriel García Márquez, Fernando Botero, Álvaro Mutis) ya se han confundido con el trazo de un estilo exitoso y reconocido. Han quedado fijados para siempre en la validez de una imagen (o una fórmula) como la socorrida del realismo mágico que hace del exceso una retórica. Quizás por ello la inflación de la forma conlleva una devaluación del sentido. Se justificaba así indirectamente cualquier desmesura con la permisividad licenciosa de quienes consideraban la exageración como obvia. Todo era permitido pues la realidad terminaba por superar el número de muertos incrementados por la frondosa imaginación. Sólo que lo convincente en la novela resultaba atroz en la realidad.

Tales distorsiones obligan de nuevo al escrupuloso recuento, al escuchar atento y pormenorizado de los protagonistas de hoy en día, de quienes como Sergio Cabrera hacen películas como *La estrategia del caracol* y hoy son vicepresidentes de la Cámara de Representantes después de haber formado parte, en su juventud, de una facción guerrillera maoísta. Seguramente su afán de cambio se concentrará mejor gracias a la irónica complejidad de la película que a sus actuaciones políticas. Pero la limpia ambigüedad del filme —la lucha de los ocupantes de un viejo caserón de la capital bogotana para impedir su desahucio— termina por iluminar, en espejeante parábola, la tenaz lucha de cada colombiano por sobrevivir, en el mismo país que él ha construido, ajeno o participativo. Por ello la cultura sigue constituyendo la razón de ser clave para darle a la violencia signo positivo. Para convertir el NO rotundo en un SÍ crítico. Para deslizar, entre el horror y la belleza, la ironía de una distancia comprensiva y compartida.



Sin título. Acuarela, tinta china y pigmentos (1998)